

José María Alonso Gordo

Ritos funerarios de Valverde de los Arroyos



Tiene el pueblo de Valverde de los Arroyos un curioso bagaje de costumbres relacionadas con la muerte, que, si bien se van perdiendo, como tantas otras costumbres, con el devenir de los años, todavía son bastante bien recordadas, y a veces practicadas, por sus habitantes.

El peligro de que estas costumbres pasen al olvido nos anima a publicar estas notas, de recogida un tanto laboriosa en base a la poca complacencia con que nuestras gentes, y de modo fidedigno los valverdeños, gustan de hablar de estos temas; y en parte también por el progresivo olvido de las costumbres y dificultad de encontrar personas que lo relaten.

Evidentemente la mayoría de las costumbres son o han sido similares a las practicadas en otras localidades; muchas todavía se practican en Valverde y en otros sitios; nuestra aportación iría encaminada a recordar éstas y a reflejar aquéllas más novedosas, para distracción de curiosos y deleite de eruditos. Nos permitimos también transcribir algunos hechos curiosos y anécdotas que nos orientan también un poco mejor sobre las costumbres y manera de abordar el tema de la muerte por los valverdeños.

LA HORA DE LA MUERTE

Nuestros paisanos, bien se encuentren sanos y lejanos a la parca, bien enfermos y próximos a ella, no parecen tener excesivos temores a la muerte advenediza; se diría que le tienen más miedo quienes se mueven alrededor del agonizante o sobreviven al difunto; da más reparo a los valverdeños hablar y pensar en la muerte de los demás, que son o han sido, que en la propia cuando ésta se halla cerca; la filosofía de la hora



Fotografía 1.- Vista del pueblo con la ermita en primer plano y encima el lugar del cementerio.

Llegada se aprecia en los valverdeños cuando uno se halla cerca de ellos en dicho trance; no son necesarias muchas palabras ni tampoco ocultamientos incómodos, al menos para el propio interesado. Decía uno cuando estaba a punto de volver a la tierra, víctima de un cáncer, haciendo referencia a su buena salud y ausencia de puses, pústulas y podredumbres: «*Nunca he visto materia en mi cuerpo, y ésta va a ser la primera y la última*».

El sentimiento respecto a la muerte y su hora impregnaba muchas de las actividades de los valverdeños: lutos prolongados, recuerdos de los fallecidos, visitas a la ermita-cementerio; incluso el repertorio musical tradicional hace continua referencia a la hora de la muerte y casi todas las canciones del repertorio de las mozas terminan con ella¹. También lo hace la letra de alguna de las danzas, aunque en este caso de modo más jocoso. Así sucede con el pobre **Garullón** que va a recibir la «**unció**n» mientras su mujer en una cama próxima se dedica a menesteres menos piadosos².

En toda casa de Valverde se guardaba **Agua Bendita** en una pequeña pila, **aguabenditera**, con un crucifijo encima, situada normalmente en la habitación principal, a la entrada o encima de la cómoda (*Fotografía 2*). En otros casos se guardaba en una botella en el vasar en la «sala». Cuando un enfermo se encontraba en agonía se rociaba la habitación y al enfermo con dicha agua bendita, esparcida con la mano. Parece que un enfermo en grave trance, aunque no tanto como los demás creían, exclamó en dicha

¹ BENITO BENITO, José Fernando y ROBLEDO MONASTERIO, Emilio, *Cancionero Popular Serrano*, Guadalajara. Institución Provincial de Cultura «Marqués de Santillana», 1980.

² ROBLEDO MONASTERIO, Emilio, «La letra de las danzas», *Carta del Pueblo*, año 3, n.º 9 (Junio 1986).

ocasión ante el entusiasmo con que era exorcizado el mal de su entorno: «¡La hostia, que me calas!».

La preparación habitual para la muerte se realizaba, como sucede en otras localidades, mediante el **Viático**, la **Extremaunción** y la **Recomendación del Alma**, según los manuales cristianos y habitualmente por este orden. El **Viático** se daba como una parte más de las manifestaciones cristianas de la gente de Valverde habituada a la práctica de la Comunción, con la variante en este caso de hacerla en el domicilio del enfermo por el sacerdote precedido y acompañado del monaguillo tocando la campanilla por las calles; ante su presencia la gente se paraba respetuosamente o arrodillaba. Cuando la gente oía el toque se dirigía al domicilio del enfermo, los hombre con hachas encendidas y las mujeres con velas y faroles de cristal.

La **Extremaunción** se administraba del mismo modo y habitualmente en un mismo acto, aunque en una fase más avanzada de la enfermedad o agonía. En la casa en que se iban a administrar los **Sacramentos de enfermos** se adornaban la fachada, los pasillos y habitaciones, por donde iba a pasar el sacerdote, con colchas, pañuelos y sábanas.

La **Recomendación del alma** era leída o recitada de memoria por algún familiar o persona cercana en el momento en que se suponía estaba falleciendo la persona. Consiste aquélla en una especie de letanía, recogida en los breviarios cristianos, a la que se contestaba : *Rogad por él*. Tras ella se rezaban las tres formas de la oración que termina: «*Jesús, José y María, asistidnos en nuestra última agonía*».

Tenemos también noticias que en otros lugares (Robledo de Corpes) también se acostumbra a recitar las **Doce Palabritas** en este trance, siendo de mal presagio la producción de errores durante las mismas³.

Se comenta que al dar la Extremaunción a un enfermo, habitualmente entonces ungiéndole con los óleos en la frente, pecho, manos y pies, el sacerdote no encontraba uno de los pies, y el interesado le orientó según sus conocimientos: «*Pues busque usted, señor cura, porque siempre han andado juntos*».

Las familias y personas solían prever la mayoría de las necesidades que un fallecimiento acarrearba: sepultura comprada en la ermita, tablas seleccionadas en el desván o «cámara», tela para forrar la caja, cera para las velas, traje para el enterramiento, etc.; en muchas ocasiones el propio interesado indicaba las circunstancias de su enterramiento.



Fotografía 2.- Aguabenditera; cedida por Ignacia Monasterio.

³ Nos lo contó José Antonio ALONSO RAMOS.

to, por ejemplo el traje con que deseaba que se le enterrara, toque de clamor, etc., detalles que después explicaremos.

EL FALLECIMIENTO

Cuando se producía el fallecimiento, y tras las oraciones y ritos cristianos correspondientes, evidentemente se comenzaban los preparativos para el entierro. Se avisaba a los familiares y allegados y enseguida era conocida la noticia por todo el pueblo. Se avisaba también enseguida al sacristán para sus preparativos y para que diera el **toque de clamor**. Parece que años atrás también iba el **animero** o **animera** tocando una campanilla por las calles cuando alguien fallecía, rito que recuerda a la famosa **Esquila de Animas** de La Alberca⁴, en Salamanca, pueblo con muchas similitudes con el nuestro.

Durante el tiempo en que hubo dos campanas en Valverde, se hacía el toque al modo tradicional, toques lentos de una y otra campana durante dos o tres minutos. La costumbre era dar tres tandas de toques separadas por un par de minutos para los hombres y dos tandas para las mujeres, no sabemos si por algún tipo de discriminación o simplemente para distinguir y ayudar en las suposiciones en un tiempo en que no sería difícil que hubiera diversas personas en similar trance. Cuando quedó una sola campana la distinción la hacía el toque con el badajo y un martillo de hierro, produciendo el mismo efecto que si hubiera dos campanas; posteriormente y en la actualidad el toque es lento y sólo con el badajo.

E igualmente, lento y con un cierto arrastre en uno de los toques, se produce en Zarzuela, el pueblo anejo.

En el caso de los niños el toque de clamor era algo más rápido. Existen costumbres similares en otros lugares de nuestra geografía en que se producen parecidas distinciones: para el caso de la muerte de un niño, o mayor número de toques si el fallecido pertenecía a alguna Cofradía, como sucede también en La Alberca⁴.

Si el éxitus se producía durante la noche el toque de clamor se retrasaba a primera hora de la mañana, tiempo después del **Toque del Alba**, que junto al de **Angelus** y de **Oración**, eran los tres toques inexcusables e ininterrumpidos durante siglos. Cuando la gente oía el toque de clamor, todos los valverdeños, incluidos los pastores en el campo, mayoría en Valverde, rezaban por el supuesto difunto. (El respeto a los toques en tiempos pasados era tal que incluso se paraban las faenas para rezar y se interrumpía el baile al toque de oración).

Frases en este trance incluían expresiones tales como *¡Que Dios le haya perdonado!* o *¡Salud para rezar por él!*, junto con las habituales de condolencia a la familia.

A medida que los amigos y familiares iban llegando al domicilio del fallecido se sucedían las oraciones, prácticamente ininterrumpidas, pero reavivadas con la llegada de un nuevo condoliente, como si se refortalecieran los intentos de empujar su alma hacia el cielo. Solían rezarse fundamentalmente las **partes del Rosario**, **Padrenuestros** y **Avemarías** y la **Oración del Santo Sudario**. Se repasaban también las **intenciones de los presentes** y sobre todo del difunto y su familia. Curiosamente no faltaba tampoco una oración premonitoria *«Por el primero que vayamos a dar cuenta a Dios de los presentes»*.

⁴ REQUEJO, José M^a, *La Alberca, Monumento Nacional*, 3^a ed., Salamanca, 1984.

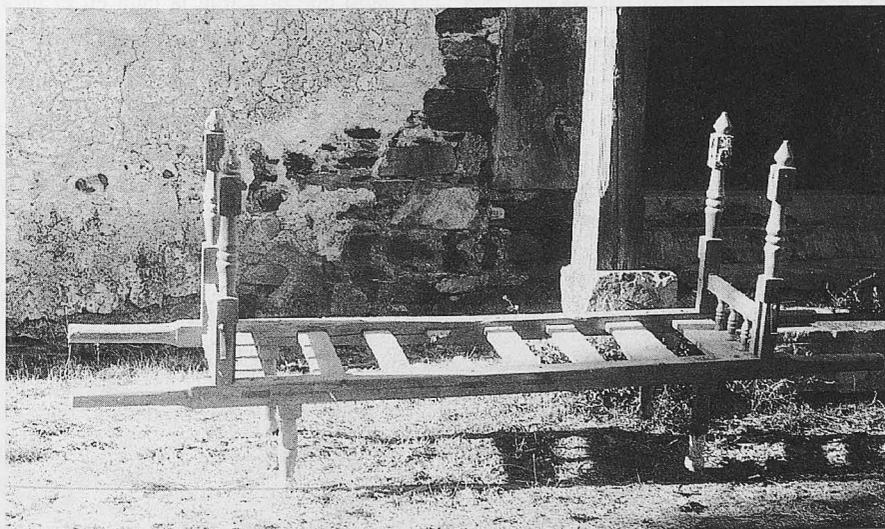
No faltan tampoco anécdotas en este trance y así sucedió con el que tiempo después relataba su experiencia del **tránsito**, a modo de chascarrillo, con su peculiar visión del trance y expresión característica: «*Pacho, pacho, por el alma de Luis Moreno y yo oyéndolo*».

LOS PREPARATIVOS DEL ENTIERRO

El difunto era preparado adecuadamente, con un crucifijo en las manos, casi siempre con un pañuelo en la cabeza para que no se le abriera la boca y vestido con uno de sus mejores trajes, de pana negra o saya; había quien deseaba que se le enterrara de blanco y entonces lo era con camisa y calzón o enaguas largas y una sábana por encima. Se colocaba en la habitación o sala principal, ya que las alcobas, donde habitualmente se dormía, eran excesivamente pequeñas y oscuras, y directamente sobre el suelo, encima de una manta o **colcha trapera** confeccionadas en el pueblo.

Los preparativos para el entierro, además de los habituales requisitos religiosos o civiles, incluían la preparación de la sepultura, de la caja y de las velas para el acompañamiento.

En todas las casas se tenía reservada la cera de las propias colmenas, en forma de tortas para confeccionar la velas. Al producirse el fallecimiento las mujeres se dedicaban a **hilar la cera**. Debía calentarse la cera y se iba sacando con una cuchara; la persona que iba haciendo las velas la hilaba alrededor del hilo tirante que sujetaba otra persona, con las palmas de las manos e imprimiendo un movimiento giratorio. Según iba quedando hilada se enrollaba antes de enfriarse alrededor de las **tablillas** destinadas a este fin, que luego se colocarían en la iglesia. Cada familia tenía varias tablas destinadas a este fin.



Fotografía 3.- Andas para el transporte de los difuntos y base del catafalco.

Otras velas de unos treinta centímetros y del mismo grosor se cortaban para dar a todos los acompañantes del entierro, durante el que las llevarían encendidas; la parte que sobrara tras el entierro se devolvía a la familia. Finalmente se hacían seis velas más grandes destinadas a los familiares más cercanos; de éstas, dos se dejaban encendidas en la iglesia, dos en la ermita y otras dos o tres se quedaba la familia, que serían encendidas después en el funeral a los ocho días o al año.

Por su parte el mayordomo de las Cofradías tenía que elaborar las velas normales y hachas para los cofrades, cosa que hacía la víspera de Jueves Santo.

La sepultura habitualmente había sido adquirida previamente por el interesado o la familia o pertenecía a ella. En caso necesario se adquiría una de las todavía disponibles en la ermita. La sepultura era abierta, bajo la supervisión del sacristán, por los familiares o amigos varones. En el caso de los **Hermanos de la Cofradía del Señor** o de **San Ildefonso** se encargaban de este menester también los cuatro Hermanos nombrados «**Enterradores**», que era unos de los cargos de la cofradía junto con el «**Animero**», los encargados de llevar el Palio y la Cruz y los **Ayudantes** para las **Misas de hermanos** (Domingos terceros y fiestas señaladas).

Para la confección de la caja, cuando se empezó a utilizar en Valverde, cosa que no sucedió hasta aproximadamente el año 1924, se tenían reservadas en cada casa algunas de las tablas más apropiadas; alguno de los varones de la familia se dirigía con ellas al «**camareto**» que era el lugar donde se encontraba el banco de carpintero para su construcción. La caja se forraba por fuera y por dentro de tela negra sujeta con tachuelas y se colocaba una cruz grande de hiladillo blanco en la tapa, así como otras dos pequeñas en la cabecera y en la parte de los pies.

El tamaño de la caja, además de apropiado para el difunto debía ser adecuado al tamaño de las sepulturas delimitadas en la ermita, bastante más pequeñas de lo habitual. No valían las cajas tradicionales traídas de fuera y también se dió el caso de tener que sacar a alguien de la caja para poder enterrarlo, dado que no cabía la caja en el lugar predeterminado, o de tener que bajar la caja por el balcón de la casa, dada la estrechez y vueltas habituales de las escaleras de las viviendas de Valverde.

EL ENTIERRO

A la hora prevista, y previo **Toque de Clamor**, se dirigía a la casa del finado, como habitualmente sucede, la comitiva compuesta por el Cofrade nombrado para llevar la Cruz, los monaguillos con los cirios altos, la campanilla y el incienso, el sacerdote y la gente que no esperaba en el domicilio.

Al frente de la comitiva iba la **Cruz de plata** de Valverde, obra de **Diego Vallés** del siglo XVI⁵, de notable valor artístico y sentimental. La base de la Cruz iba adornada con una «manga» de color negro, que presidía asimismo las misas del Novenario y del Aniversario del fallecimiento. La referida manga puede ser también dorada para las solemnidades y procesiones del Santísimo.

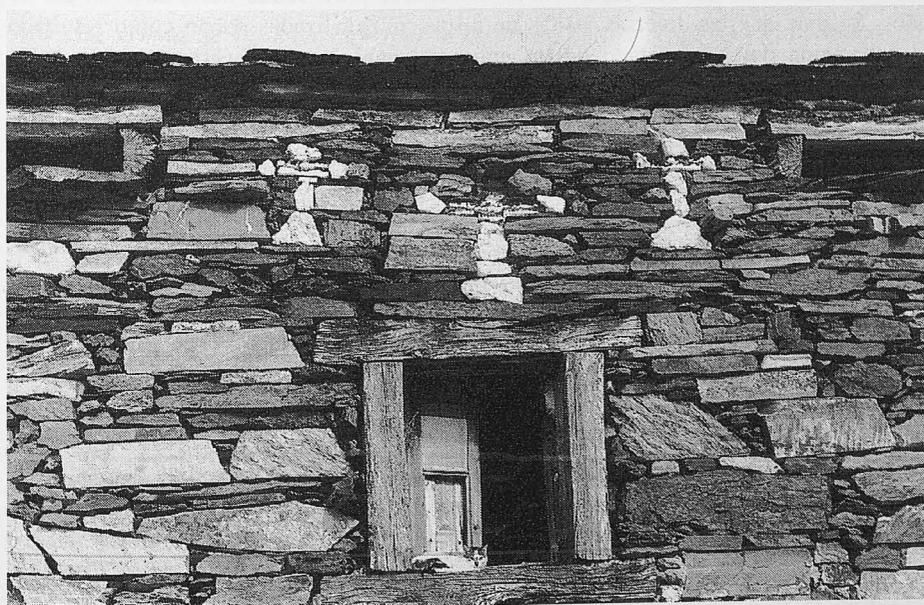
⁵ HERRERA CASADO, Antonio, *Crónica y Guía de la Provincia de Guadalajara*. También en «La Cruz de Valverde», *Carta del Pueblo*, 2^a época, n^o 1 (1984).

Inicialmente no se utilizaba caja en Valverde. El difunto era colocado en el suelo sobre la colcha, después era bajado por la escalera en brazos y finalmente era colocado sobre las andas destinadas a este fin y que todavía se conservan en la sacristía de la ermita. (*Fotografía nº 3*)

Las andas eran una especie de hangarilla larga, portátil, con cuatro patas y cuatro mástiles que soportaban una pieza parecida a la tapa de un ataúd y descubierta por los lados; en los laterales tenía una pequeña tabla a modo de guarda fija y otra móvil, que se cerraba al colocar al difunto con el fin de que aquél no se desplazara durante el traslado. Probablemente el último enterrado con las andas lo fue hacia 1944, habiendo coexistido previamente las andas y la caja durante unos veinte años. Una vez colocado sobre las andas se conducía a la iglesia para la misa de funeral, y después a la ermita. Parece que durante un tiempo se iba directamente del domicilio a la ermita y la misa se decía después o al día siguiente.

El transporte de las andas, o la caja posteriormente, se hacía por los familiares varones y en el caso de los Cofrades por los hermanos de la Cofradía. Al frente la Cruz, después los hombres, a continuación los cofrades con las **hachas**, (especie de cirios algo más pequeños que los que llevaban los monaguillos y con la vela más gorda), el féretro con sus portadores, detrás el sacerdote con sus acólitos, cirios e incensario y luego las mujeres; los niños habitualmente eran apartados del acto. Se iba cantando el «**Recorderis**» u otros cánticos religiosos y se hacían tres paradas, a la vuelta de la iglesia, a la salida del pueblo junto al «arroyo de casa» y a la puerta de la ermita. En dichas paradas se rezaba un **Paternóster** y se ofrecía una limosna que se recogía en pequeños cestillos o en el bonete del cura (cinco céntimos, según la época).

La comitiva continuaba hacia la ermita por el mismo camino por donde discurre el **Víacrucis** por delante del denominado **palomar** en Valverde (*Fotografía nº 4*); en su



Fotografía 4.- Las cruces de piedra en el «palomar».

fachada se incrustaron piedras de pedernal (**pernalas** para los lugareños) formando tres cruces, probablemente en referencia a ambas situaciones relacionadas con la muerte: la de Cristo y los dos ladrones y la de cada valverdeño, aparte del posible significado protector que se atribuye a estas piedras; bien es verdad que en ninguna otra edificación del pueblo hay cruces colocadas de esta manera.

LA ERMITA

El lugar habitual de enterramientos en Valverde ha sido la ermita hasta el año 1991. Previamente se conoce que se había enterrado en la iglesia, apareciendo restos humanos en la construcción de la iglesia actual hacia 1848. Se dice incluso que bajo el piso en la entrada de la iglesia apareció el cadáver completo momificado de una mujer fallecida muchos años antes.

Los enterramientos hasta el siglo XVIII eran asunto exclusivo de la Iglesia y sólo después empezó a considerarse tema sanitario. La polémica respecto al lugar donde debían efectuarse existió durante muchos años y las ideas ortodoxas negaban la posibilidad de ser enterrado en el campo. Aunque parece que fué hacia 1750 cuando se publicó la Real Orden que prohibía los enterramientos en las iglesias, siguió practicándose esta costumbre en España durante mucho tiempo.

Posteriormente se ordenó la construcción de los cementerios en lugares ventilados y distantes de las casas de los vecinos. Pero fué necesaria una gran epidemia de peste amarilla en Sevilla en 1800, que se atribuyó a los miasmas que emanaban de los cadáveres enterrados en lugares cerrados, para que se empezaran a planificar de modo generalizado, cementerios extramuros, eso sí, bendecidos, **campos santos**⁶.

Pero a pesar de dichas prohibiciones y de las diversas que expresamente recayeron sobre la costumbre de Valverde, ésta se ha seguido practicando hasta hace un par de años. Se dice que las diversas visitas de inspección realizadas daban como resultado la aceptación del buen estado de los enterramientos y su consentimiento. También puede ser que las dificultades para acceder a Valverde espaciaran las visitas de tal manera que la denegación de permiso fuera echada en olvido.

La verdad y constancia que nos queda, siguiendo a Juan Antonio Marco⁷, es que no parecían agradar mucho estos hechos a los prelados. El 11 de Junio de 1888, D. Antonio Ochoa escribe: *«Hemos visitado además la ermita de la Soledad situada extramuros de este pueblo, habiéndonos sorprendido al saber que servía de cementerio para la inhumación de los cadáveres, y estando prohibido por la leyes civiles, imponemos también nuestra prohibición, protestando por nuestra parte semejante conducta y eliminando nuestra responsabilidad y exhortando eficazmente al Ayuntamiento a que construya un cementerio con todas las condiciones prescritas»*. A pesar de la dureza del escrito y de uno similar el 16 de Julio de 1910, cien años después los valverdeños seguíamos con la atávica costumbre.

⁶ SANTAMARIA, Encarnación y DABRIO, M^a Luz, «La policía sanitaria, mortuoria y su proceso de secularización en la Sevilla de la Ilustración (1750-1800)», *Medicina e Historia*, 50 (Barcelona, 1993).

⁷ MARCO MARTINEZ, Juan Antonio, «Las visitas pastorales», *Carta del Pueblo* (Junio 1993).

Las sepulturas en la ermita eran adjudicadas y llevadas en cuenta por el sacristán. Se cuentan por filas y sepulturas a partir de la sacristía a la izquierda del presbiterio. (La distribución y asignación de las sepulturas y otros detalles aquí también recogidos fueron publicados hace años en el *Boletín de la Asociación San Ildefonso de Valverde*⁸.

La sepultura se solicitaba por los interesados y había que pagar una cantidad dependiendo de la distancia de la fila respecto al altar: a principios de siglo eran siete pesetas por la primera fila, seis por la segunda y cinco por la tercera. La proximidad al altar, y sobre todo la sepultura al frente de él eran las más apreciadas. Las diversas filas y sepulturas están delimitadas por travesaños de madera que se colocaron en el año 1914. Había que pagar además el rompimiento, hecho de abrir la sepultura, y renovar cada cierto número de años, por periodo y cantidad variables.

Cada familia tenía dentro de la ermita su propia sepultura mientras mantuviera al día el pago de las cuotas. En el mismo nicho se iban enterrando sucesivamente los diversos difuntos de la casa. El tiempo que debía transcurrir entre dos enterramientos no estaba completamente establecido; sin embargo en una época tardía, a principios de este siglo, se estableció, casi por imposición del sacristán de entonces, que hubieran pasado al menos diez años ya que, según su expresión *«había que desenterrar a uno para enterrar a otro»*.

Parece que la actual ermita fué construída al acabar la iglesia actual con el dinero y materiales sobrantes de dicha obra, sobre otra ermita más pequeña antes existente. (Seguimos en este y otros aspectos el excelente estudio, no publicado, que nos dejó D. Juan Antonio Marco Martínez, párroco en 1982 en Valverde)⁹.

La ermita, relativamente grande, es idéntica, salvo por la disposición de la entrada principal, a la del cercano pueblo de Galve de Sorbe.

En la viga sobre la separación del presbiterio y la nave principal se lee:

«Esta ermita se hizo en este año a expensas de los religiosos franciscanos D. Manuel y su hermano D. Pedro Monasterio, naturales de este pueblo y con el auxilio corporal del honrado vecindario del mismo, siendo cura párroco, D. Juan Martín»

El sepulcro central del presbiterio está dedicado a sepultura del referido párroco con la siguiente inscripción:

«In spe + resurrectionis.

Aquí yacen los restos mortales del presbítero D. Juan Martín Izquierdo, Bachiller en Sagrado Teología y cura párroco de este pueblo de Valverde desde 1848. Bajo el sepulcro librado de sus feligreses a quienes amó con paternal cariño sus sobrinos y amigos más caros le dedican este recuerdo. Nació el 23 de Mayo de 1813. Murió el 22 de Febrero de 1882».

Además de inscripciones ordinarias de personas enterradas en las sepulturas, algunas de ellas con fotografía, en el centro de la última fila del cuerpo central de la ermita

⁸ ALONSO GORDO, José M^a, «Distribución de sepulturas en la ermita», *Carta del Pueblo*, 2^a época, n^o 21 (Diciembre 1991).

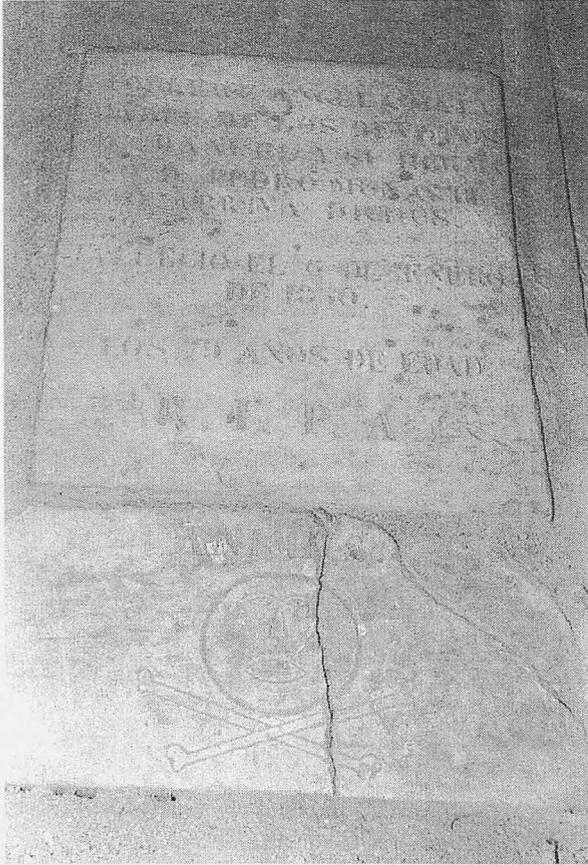
⁹ MARCO MARTINEZ, Juan Antonio, «La iglesia parroquial de Valverde de los Arroyos» (El trabajo que nos legó ha sido publicado parcialmente en la *Carta del Pueblo*, n^o 14 (Junio 1988)).

José M^a Alonso Gordo

existe una sepultura dedicada a la madre de los benefactores que costearon la ermita, siendo sus inscripción:

«Aquí yace Angela Mata, madre de los devotos D. Manuel y su hermano D. Pedro Monasterio arriva dichos. Falleció el 6 de Enero de 1850».

Justo debajo de esta última inscripción tenemos una pequeña lápida dedicada a las ánimas con una especie de imagen del sol con dos huesos cruzados; en este lugar se rezaba por las intenciones de las ánimas en general (*Fotografía nº5*).



Fotografía 5.- Losa de las Animas en la ermita.

Los entierros se realizaban necesariamente con la cara del difunto orientada hacia el altar mayor; una vez tapada la sepultura por el sacristán, formando un pequeño túmulo de tierra, se colocaban las velas, flores y adornos religiosos correspondientes y así quedaba durante años. El aspecto habitual de la ermita incluía diversos túmulos de tierra repartidos por toda ella, adquiriendo un aspecto que a muchos impresionaba.

Una vez que la caja cedía, «ya se ha hundido» decían las gentes de Valverde, el sacristán arreglaba el suelo y colocaba sobre ella, al nivel del piso, las pequeñas losas de piedra o mármol que constituían el suelo de la ermita junto con los travesaños de

352

madera que delimitaban las sepulturas. Realmente y sobre todo en la época del Novenario en Noviembre el aspecto de la ermita con diversos túmulos de tierra, flores, velas y pequeñas cruces ofrecía caracteres inquietantes.

LOS REGISTROS DE LAS SEPULTURAS

El sacristán llevaba cuenta de los lugares de cada familia y de las renovaciones de pago. El libro que existe en la actualidad, en poder de Gregorio Mata, actual sacristán, se abre en 1889, si bien recoge notas de anteriores enterramientos. Su introducción dice así:

«Nota de los que aparecen en este libro, del lugar que ocupan en la ermita por tandas y sepulturas desde este año de 1889 las cuales no estarán todas perfeccionadas hasta el año 1894 que entré de sacristán en un día 19 de Noviembre, siendo cura párroco D. Mariano Andrés Relaño y no quiso dar el asiento el sacristán saliente, pero sí se fue tomando nota del sitio que ocupa cada uno y son los siguientes...:»

Continúa de la siguiente manera: *«Desde esta fecha, 19 de Noviembre de 1894, llevo la cuenta como sacristán yo, Gregorio Monasterio Mata, siendo Cura Párroco D. Mariano Andrés Relaño a las 11 de la mañana y fue a buscarme debajo de la Noguera de la Remigia en Sábado y desde esta fecha tomo este cargo.»*

Otras anotaciones del libro rezan así:

«Renovación de sepultura 25 pts y rompimiento 100 pts...

...Cuatro jornales de quitar la tierra sobrante de las sepulturas a 30 pts son 120 pts.

...de tapar la sepultura, 5 pts.

...Grada 1, sepultura 6: Angela Mata, madre de los devotos que costearon la ermita.

...Mariano Mata Ranz falleció el día 29 de Abril de 1919, día de mucho hielo.

...Cirilo Benito Falleció el 13 de Diciembre de 1914 a las nueve de la noche y fuese el 1º desde que se entarimó las sepulturas.

...falleció el día 13 de Noviembre de 1920 a las nueve de la noche poco más o menos en casa de ... por causa de una borrachera que se cayó la escalera abajo y se hizo una herida en el lado derecho de la cabeza que le produjo la muerte.

...Jornales que tengo puestos para la casa del curato estando D. Bernardo Perez, año de 1917, Septiembre 24 el primero en el medianil, día 25 deshaciendo el medianil, día 26, empezando a hacer y estuvo Cándido, día 27 labrando madera, día 6 subiendo cuarterones, día 16 en el tejado...

...No se puede abrir la sepultura por estar le peña a flor de tierra».

LA MUERTE DE UN NIÑO.

Cuando fallecía un niño, cosa muy frecuente por otro lado a finales del siglo pasado, a juzgar por las numerosas anotaciones de enterramientos de párvulos de dicha época, eran las **mozas del bando** las encargadas de adornar la caja. Aproximadamente hasta la Primera Comunión la caja era blanca, adornada por las mozas con flores naturales, escasas casi siempre, o artificiales, de tela, junto con una corona de yedra, planta más abundante en nuestras frías latitudes.

Las propias mozas del bando eran las encargadas de llevar la caja hasta la ermita y

allí se solían enterrar, sobre todo si eran muy pequeños, ocupando sólo una parte de las sepulturas marcadas en la parte de atrás de la ermita, la destinada a los párvulos según consta en el libro.

El rito utilizado en los entierros y funerales de niños era una Misa de Gloria, cantada, y no la de Difuntos; del mismo modo se utilizaban los ornamentos de gloria y no los de luto. El toque de clamor era algo más rápido que el habitual y sabemos de algunos pueblos en los que en vez de tañerse con las campanas se tañía con los campanillos, más pequeños. La frase popular infantil al oír ese toque era: «*Tin-Tán, los angelitos al cielo van*». Otra diferencia en el entierro era que la comitiva no paraba en el camino hacia la ermita ni se ofrecía limosna.

Los abortos pequeños eran enterrados en un lugar apartado de la propia casa y si eran más avanzados se llevaban al cementerio o a la ermita, incluso en una pequeña caja de cartón. En caso de que el feto diera señales de vida se le administraba el «**agua santa**», bautismo de emergencia con el agua bendita que había en casa.

FUNERALES Y COSTUMBRES TRAS EL ENTIERRO

No había costumbre del pésame al terminar las ceremonias, ya que, normalmente todo el pueblo había acompañado ya a la familia en las horas inmediatas al fallecimiento o les había visitado en cuanto podía.

Durante nueve días se rezaba el Rosario por el difunto, inicialmente en casa del mismo, y a él asistían todos los familiares y amigos y casi todas las mujeres del pueblo y al noveno se oficiaba una Misa de Funeral. Se oficiaban también Misas al medio año y al año. Además cada cofradía encargaba sus misas por los cofrades, a las que debían asistir todos bajo multa.

En la iglesia cada familia tenía asignado un sitio con igual disposición que en la ermita; en dicho sitio se colocaban, sobre un paño blanco, las tablillas con vela de cada uno y al frente un serillo de esparto para arrodillarse; este era el lugar reservado para las mujeres y las niñas mozas; los hombres se colocaban en la parte de atrás, debajo de la tribuna y los mozos en ésta última, cosa que todavía se hace hoy día.

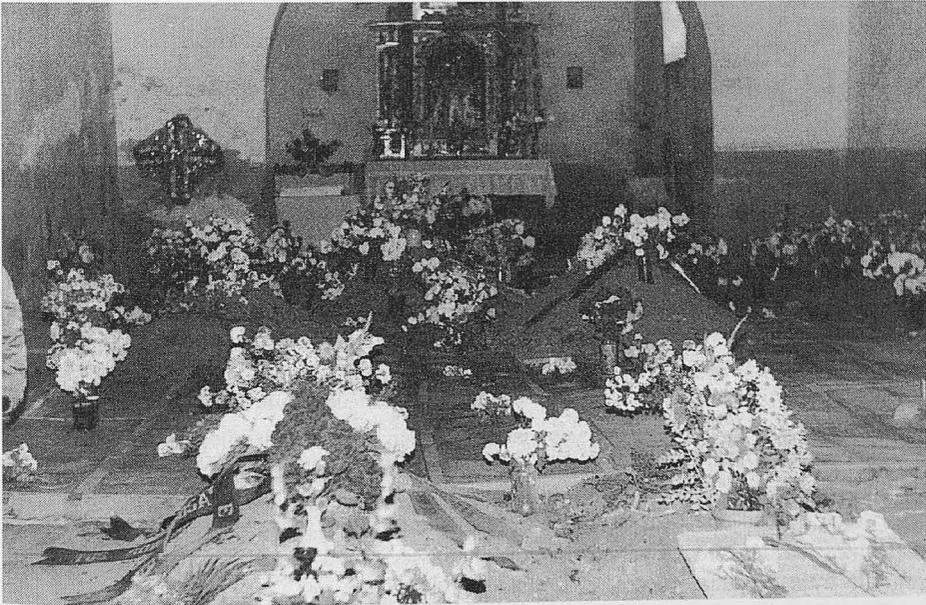
Con posterioridad se empezaron a introducir las almohadillas y las banquetas, para desesperación del sacristán y su familia que tenían que limpiar la iglesia. Luego aparecerían los bancos, con la desaparición de la costumbre de las tablillas y responso. Durante el novenario cada familia colocaba tres tablas con la vela encendida, durante el primer año, dos y el resto del tiempo, una, que se encendía durante los oficios. Se ofrecía una misa de funeral, además al medio año y al año.

Al acabar la Misa el Sacerdote pasaba por la iglesia rezando un «**paternoster**» delante de cada tablilla con vela encendida (costumbre que mantenía la familia diariamente durante un año) y se ofrecía limosna que el monaguillo recogía en el bonete. Al finalizar, se rezaba también por los difuntos en general, por las almas del Purgatorio, en el lugar donde la **animera** debía tener siempre una vela encendida; este tipo de oración se realizaba también sobre todo al acabar de rezar el Rosario, tanto en familia como en la iglesia. Las tablillas eran utilizadas en muchos pueblos de nuestra provincia y en otros de Castilla y País vasco, las «**arguizaiolak**». Estos aspectos relacionados con las tablillas, y otros ritos funerarios, han sido magníficamente estudiados por López de los Mozos¹⁰.

Las visitas a la sepultura, en la ermita, no faltaban a lo largo del año: el novenario, aniversario, Novenario de Animas o el mes completo de Noviembre, el cumpleaños o las fiestas eran motivo de repetidas visitas. Una visita menos formal, pero entrañable para la gente de Valverde, se realizaba, breve y entre tarea y tarea, a la ventanilla de la parte de atrás de la ermita, desde la que se contemplaban todas las sepulturas y el altar.

Dado que a veces se dejaban lamparillas encendidas en las sepulturas, la visión de la ermita desde atrás era bastante impresionante también sobre todo para los niños, que a veces corrían al pueblo relatando haber visto luces misteriosas en la ermita. También se recuerda el caso de una niña que alguna vez había dicho que a ella no la enterrarán en el cementerio, que quería ser enterrada en la ermita.

Desgraciadamente la niña murió y efectivamente fué enterrada en la ermita, pero los niños que iban a visitar la ermita, veían desde la ventanilla todas las tardes una luz que se posaba sobre su tumba a la misma hora y sólo a ésa. El descubrimiento de los mayores fué que un rayo de sol se filtraba por el tejado cayendo sobre la tumba de la niña.



Fotografía 6.- Interior de la ermita.

¹⁰ LOPEZ DE LOS MOZOS, José Ramón, «Algunos ritos funerarios de la provincia de Guadalajara y su paralelismo vasco: el rito y la tablilla (en vasco «arguizaiola)», *Wad-al-Hayara*, 7 (1980).

EL DUELO

El duelo duraba habitualmente en Valverde dos o tres años, consistiendo fundamentalmente en el luto completo, la ausencia a las manifestaciones festivas del pueblo, baile, rondas, etc. Asimismo se evitaban en la casa las manifestaciones fuera de tono, se evitaba escuchar la radio, cuando la hubo, y otras distracciones.

El traje de luto consistía en saya negra, chambra de igual color, pelerina o mantón de ganchillo si hacía frío, medias negras y abarcas o zapatos de goma negra. Curiosamente el vestido de novia era también negro, salvo las medias, si bien pensamos que era más cuestión de elegancia y tradición, no usándose el traje blanco hasta los años cincuenta.

Los niños y jóvenes llevaban luto por menos tiempo, aunque había casos de extrema severidad de la familia, que les obligaba a llevarlo completo y por largo tiempo. También había, sobre todo en el caso de las viudas, quien seguía toda la vida con el vestido negro, haciéndose casi habitual en Valverde en mujeres mayores.

Otra manifestación de duelo, utilizada en alguna ocasión en Valverde ha sido la colocación de un lazo negro por el mozo muerto en el pendón que se saca en las procesiones importantes por los propios mozos. También era costumbre que los propios mozos hicieran una cruz de yedra en honor del amigo perdido y en los últimos años enviar una corona costeada por todos ellos.

LOS DANZANTES

También los danzantes, de inevitable referencia cuando se habla de Valverde, tenían sus propias manifestaciones de luto. Aparte de las obligaciones inherentes a los Cofrades, (cargos de animero y enterrador, asistir a las Misas por los Cofrades bajo pena de multa), era costumbre que cuando fallecía un familiar en primer grado de un danzante, éste se ataviara para danzar en el primer año con el pañuelo (mantón de Manila) negro, en vez de utilizar el de flores y motivos de colores (*Fotografía n^o 7*).

Los lazos de los brazos y las flores del gorro solían ser moradas y a veces también las cintas de la espalda eran negras. Dada la dificultad que suponía su consecución, estas partes del vestuario podían ser usadas por otro danzante en trance similar posterior.

No conocemos en Valverde la costumbre que al parecer se conservaba en Majaelrayo de clavar las castañuelas del danzante muerto sobre su tablilla¹¹.

Parece que en una ocasión falleció, la mañana de la fiesta, la mujer de uno de los danzantes. El danzante, Evaristo parecía llamarse, danzó ese día, pero lo hizo con su sencillo traje de pana, no con el floreado de danzante.

En el segundo día de la fiesta los danzantes iban a rezar a la casa de los danzantes fallecidos y de sus familiares de modo indefinido y de todos los fallecidos en el último año. En esta «ronda» eran y son acompañados por casi todo el pueblo, van ataviados con su tradicional indumentaria y suelen lanzar algún cohete. En los últimos años, al reducirse prácticamente a un día los actos festivos, esta costumbre se realiza al finalizar

¹¹ Nos lo contó José Antonio ALONSO RAMOS.



Fotografía 7.- Danzante de luto.
Fotografía de Santiago Bernal.

las danzas en la tarde del Día de la Octava.

No solía celebrarse en el segundo día de la fiesta la misa por los difuntos, como suele hacerse en muchos pueblos de Castilla y como se hace también en el anejo Zarzuela.

Además de por los fallecidos, solían rezar también durante muchos años por alguno de sus benefactores, finalizando la ronda en la fuente del pueblo con el rezo de un padrenuestro.

Otra manifestación ligada a la danza está en relación con una de las letras que ya hemos comentado; tiene un tono claramente sarcástico y bastante poco acorde con lo que la muerte y su prolegómenos o la danza suponen para los valverdeños y es la referida de **El Garullón**:

*«Garullón está en la cama y le van a dar la unción,
su mujer estaba en otra con un fraile motilón».*

EL MES DE NOVIEMBRE

El mes de Noviembre, mes de los difuntos, es rico en manifestaciones funerarias en todo nuestro país. Existe la interpretación de que, siendo Noviembre la transición real del otoño al invierno las almas de los difuntos vuelven al calor del hogar, tal y como

hacen los rebaños el día 1, a calentarse y confortarse con el calor y cariño de los suyos¹⁰.

Curiosamente el día 31 de Octubre al atardecer, se celebra la fiesta de **La Machorra**. Es esta una cena de mozos en la que suelen consumir, incluso todavía, una res no preñada y presumiblemente estéril, de donde su nombre de la machorra. En dicha cena, entre otras actividades, se elige al **alcalde de los mozos**, que hace entre ellos funciones internas similares a las del edil municipal¹². Tenemos referencias de costumbres similares en otras localidades donde, al tiempo que unos mozos tañen las campanas durante la noche, otros están preparando la cena o cenando y turnándose en estos menesteres.
^{10,13}

Durante toda la noche del 1 al 2 de Noviembre el sacristán, intermitentemente, hacía toques de clamor, aproximadamente cada hora. Algunos hombres del pueblo se estaban jugando a las cartas con el sacristán, acompañándole hasta la madrugada, en que interrumpía los toques para reanudarlos al amanecer.

En esa fecha era costumbre cerrar al ganado, que había estado pastando junto día y noche durante toda la temporada, haciéndose cargo en esa fecha cada uno de su pira y rebaño. El tiempo meteorológico ayudaba a ello, pero también se decía que esa noche, si estaban en el campo, el ganado estaba muy inquieto ya que continuamente oía los toques de clamor de todos los pueblos de alrededor.

Durante los primeros nueve días de Noviembre se realizaba el **Novenario de Animas**. Se rezaba el Rosario, se leían ejemplos de condenas o salvaciones de ateos o piadosos y al final, con su voz y entonación característicos y ambiente un tanto tétrico se entonaba por el Sacristán la canción «*Rompe, rompe mis cadenas*».

Tras el Rosario, y esto durante todos los días del año solía rezarse la **Oración del Santo Sudario** que decía:

«Señor, Dios, que nos dejaste la señal de tu Pasión, la Sábana Santa, en la cual fue envuelto tu cuerpo santísimo, cuando por José y Nicodemus fuiste, Señor, bajado de la Cruz, concédenos, piadosísimo Señor, que por tu muerte y sepultura seamos llevados a la gloria de la Resurrección por el mismo Jesucristo nuestro Señor, Amén».

En medio de la iglesia durante este Novenario se colocaba lo que se denomina el **Catafalco** (*Dibujo 8*). Las andas, donde se transportaban los difuntos para el entierro, eran recubiertas de ornamentos sagrados negros. Sobre dicho túmulo funerario se colocaban unos huesos del brazo en aspa de modo que parecieran dos brazos cruzados sobresaliendo de entre las mangas de los ornamentos. Por encima de ellos se colocaba una calavera y encima de ésta el bonete del cura. Una costumbre similar se produce en otros lugares: En Tartanedo, con la denominación de «**El Anima coja**»¹⁴, en Cantalojas donde se decía que los huesos, formando casi todo el esqueleto, pertenecían a un cura muerto o en Pioz donde parece se conservaban hasta hace poco tiempo¹⁵.

¹² BENITO BENITO, José Fernando, «La Machorra de Valverde de los Arroyos», *Cuadernos de Etnología de Guadalajara*, 6 (1988).

¹³ TOLEDANO, Angel Luis, VELASCO, José Ramón y BALENZATEGUI, José Lorenzo, «Cultura tradicional de Bustares», *Cuadernos de Etnología de Guadalajara*, 18 (1991), pp. 7-78.

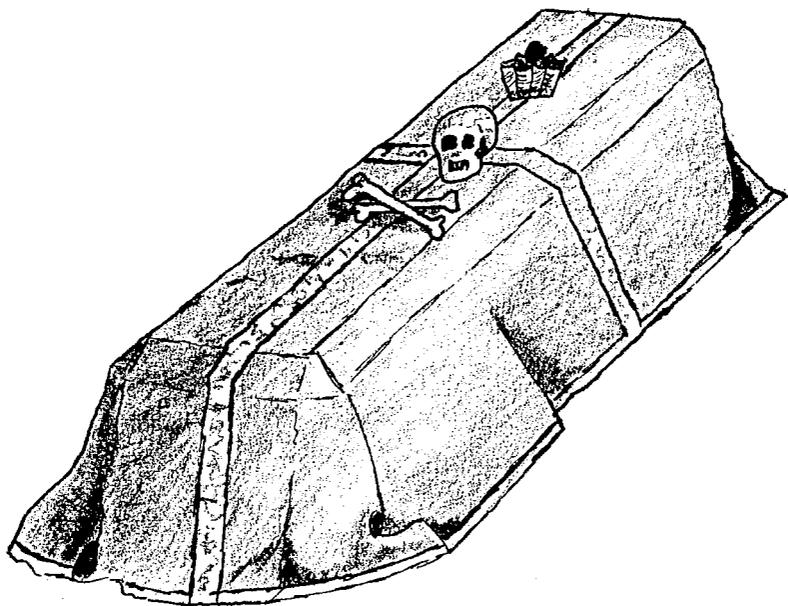
¹⁴ José Antonio ALONSO RAMOS. Comunicación personal.

¹⁵ José Ramón FERNANDEZ. Comunicación personal.

La Semana de la Animas, el anochecer, los ritos a la luz de la velas, las canciones de difuntos y el catafalco componían un cuadro harto impresionante para las gentes de Valverde y especialmente para los niños.

También se cuenta que en una ocasión el sacristán, espantado, se encontró los ornamentos, la calavera y un despavorido animal danzando por la iglesia en penumbra. Al parecer un perro había entrado en la iglesia, se había enredado con los ornamentos jugando con la calavera y había provocado tan fantasmagórico e inquietante espectáculo.

También durante esta época de conmemoración de los difuntos, en Noviembre, el Animero, elegido en la Cofradía del Señor, salía por las calles a pedir para el culto de las Animas. Tocando la campanilla y llevando de la otra mano el ramal del macho, el Animero iba de casa en casa recogiendo diversos productos, fundamentalmente patatas y limosna. La cantidad recogida y el producto de la venta de las patatas se destinaba a Misas por los Difuntos.



Fotografía 8.- El catafalco. Dibujo de José Antonio Alonso Ramos.

LA MUERTE DE JESUCRISTO

El costumbrismo valverdeño tiene también algunas costumbre curiosas, en este caso relacionadas con la muerte de Jesús. Nos referiremos fundamentalmente al **Miserere**, las **Tinieblas** y a la **Procesión del Entierro**, por ser más originales o anacrónicas, siendo el resto de costumbres en este terreno, las religiosas comunes al cristianismo.

El **Miserere** es una manifestación también impresionante, sobre todo para los niños, en relación con ritos de difuntos; en esta ocasión se relacionaba con la Pasión del Señor,

José M^a Alonso Gordo

que se celebraba todos los viernes de Cuaresma. Al anochecer el pueblo, congregado en la iglesia, rezaba y cantaba en penitencia en memoria de la Pasión, alternando el preste en el presbiterio y el sacristán en la tribuna. En esta ocasión era la canción que comienza *Rompe, rompe mis cadenas* la que se entonaba con contenidos del siguiente estilo:

*«Rompe, rompe mis cadenas y alcanzadme libertad;
cuán terribles son mis penas; piedad gran Señor, piedad».*

En algunos días de la Semana Santa (Viernes de Pasión, miércoles Santo?) en un momento determinado y al tiempo que se entonaba el Miserere en canto gregoriano se apagaban todas las luces o velas de la iglesia; después a cada lectura o cántico se iban apagando una a una las velas de una especie de candelabro con trece velas en tres filas, que había en un lateral de la iglesia. Al quedar completamente a oscuras los monaguillos se metían en la sacristía y comenzaban a golpear la tarima; lo mismo hacían los fieles, sobre todo los mozos en la tribuna, golpeaban en el suelo de tarima durante largo rato, en memoria de la muerte de Jesús y del momento en que la tierra tembló y el velo del templo se rasgó como dicen las escrituras.

A pesar del terror de esta situación, no faltó también alguna broma en momento tan solemne; alguna mujer, arrodillada en el suelo y con larga falda, fué fijada con tachuelas al suelo de madera, aprovechando la oscuridad y los golpes en la tarima.

La **Procesión del Entierro** en la noche de Viernes Santo transcurre entre la iglesia y la ermita-cementerio; se lleva la Cruz, que queda en la ermita con el resto de los difuntos y se trae a la Virgen de Gracia, que en la iglesia queda como la Soledad. Durante la procesión, jalonada de velas de los devotos, se entona por las mozas el cantar también denominado del Entierro¹, del propio cancionero valverdeño; antiguamente también se alternaba en alguna ocasión con la propia letra del Misere, componiendo estrofas del siguiente estilo:

*«En el doloroso entierro de aquel justo ajusticiado,
miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam».*

Al tiempo, y durante todo el recorrido, se va, todavía hoy, redoblando con el tambor de los danzantes.

La última manifestación funeraria de la Semana Santa se producía el mismo domingo de Pascua, en que los mozos y mozas iban cantando las «Cruces» (el viacrucis), a la ermita.

EL CEMENTERIO

Parece que primitivamente y próximo al cementerio actual (*Fotografía nº 9*), también reformado, existía otro más pequeño. El cementerio de principios de siglo, situado encima de la ermita, era pequeño y con dos apartados: el dedicado propiamente a cementerio y el cementerio civil, destinado también a recoger los restos de enterramientos antiguos, el **Osario**; al mismo tiempo era el lugar de inhumación de los ateos y suicidas. (Parece que también el no pagar al cura los gastos del entierro era motivo para ser enterrado por lo civil, según alguno de nuestros informantes).

360

A este apartado del cementerio civil se le denominaba también el «**camposanto del tío Rojo**», no sabemos si sería el único o primero enterrado allí o por otra causa. Así pues en el tiempo en que se enterraba normalmente en la ermita el cementerio actual servía para entierros civiles; cuando el cementerio fué el lugar de entierros religiosos y se consideró lugar santo el lugar de entierro civil era el osario, anejo a aquél.

Sólo se recuerdan enterramientos ordinarios en el cementerio durante la Segunda República y la guerra civil. En dicha época se suprimieron todas las manifestaciones religiosas, se fue el sacerdote del pueblo y también los entierros se hacían sin ningún tipo de rito religioso.

De todas formas, durante esta época coexistieron costumbres religiosas y profanas. Había quién no quería entierro con oraciones ni toque de clamor, y había quien, a pesar de la prohibición, encargaba sus toques y oraciones: «*Oye, quiero que vayáis en ca el Sacristán y que toque por mí*». En estos casos los acompañantes rezaban sus oraciones durante el entierro aun sin presencia de sacerdote.

En cualquier caso, durante la Guerra, no hubo apenas entierros en Valverde, por haber mucha gente «pasada» al otro frente, el Nacional ya que Valverde era zona «roja», y por estar la mayoría de los hombres en el frente. Acabada la misma se reanudó de nuevo la costumbre de enterrar en la ermita, dejando al cementerio con connotaciones de cementerio civil abandonado. Parece que el primer enterrado en la ermita después de la contienda fue un niño de dos años que se quemó, hijo de un maestro que se pasó a la zona nacional, a Cantalojas. Todavía continuarían enterrando en la ermita los valverdeños medio siglo más.



Fotografía 9.- Entrada al cementerio después de su reforma, con el Pico Ocejón al fondo.

En los años ochenta se comenzó a deteriorar de modo importante el techo de la ermita y como consecuencia de la humedad lo hizo también todo el interior de la misma. Existía ya también una cierta conciencia de lo anacrónico de la costumbre, que impresionaba realmente a cuantos extraños se acercaban a la ermita, siendo probablemente el único lugar de España y muchos otros países donde se hacían este tipo de entierros. Además las cajas actuales, conducidas habitualmente por las empresas funerarias desde las ciudades, no cabían en los nichos preparados en la ermita.

Una dificultad adicional se producía por el hecho de que las cajas utilizadas para traslados tienen un revestimiento metálico interior soldado, lo que hace lento y prolongado el proceso de descomposición, inutilizando los nichos para posteriores enterramientos.

Finalmente y en una demostración más del apego de los valverdeños a su tierra, también el deseo de ser enterrado en ella se ha generalizado entre sus hijos. Esto ha obligado a reabrir y ampliar el cementerio y en los últimos años ya se realizan allí los entierros, todavía en sepulturas abiertas en la tierra, sin fábrica. La primera enterrada en este cementerio lo fue en Marzo de 1990, Francisca Gordo.

EL ÚLTIMO ENTIERRO EN LA ERMITA

El último entierro realizado en la ermita fué el día 9 de Septiembre de 1991, siendo el de Cándido Monasterio. El «tío Cándido», patriarca de Valverde, fallecía a los 101 años. Había entrado de monaguillo en la iglesia de corta edad y estuvo casi sus cien años de vida al servicio de la iglesia de Valverde. Registro de los danzantes, monaguillo y sacristán, y sobre todo devoto, a su cargo corrió el mantenimiento de la iglesia y la ermita, los entierros, la reconstrucción del retablo tras sus destrucción en la guerra civil y todos los ritos que acompañaban a las ceremonias. Su dominio del armonium y su quizás prodigiosa voz, y desde luego inconfundible y entrañable para los valverdeños, hicieron de él además del último, el mejor sacristán.

El pueblo quiso, a pesar de haberse abierto ya el cementerio, que precisamente él fuese el último enterrado en su ermita y para él, como para un niño más, hubo también Misa de Gloria: la Misa de Pío X, que él tantas veces había entonado y dirigido, fue cantada por todo el pueblo. Con él se cerraba un importante y curioso ciclo de la vida valverdeña, que hemos querido quedara reflejado en estas páginas. La propia tierra donde vivió sus cien años ha querido que en su sepultura comenzara curiosamente a brotar un pequeño olmo, en recuerdo quizás del que tantas veces le acogió con su sombra en su amado Portalejo.

AGRADECIMIENTOS. A Gregoria, Ignacia, Gregorio, Angela, Agustina, Asunción, Mercedes, que me han informado, por haberlo también vivido, con gran cariño y que han hecho posible la publicación de estas líneas.